



Homilía

Hermandad del Stmo. Cristo de la Yedra. Triduo a Ntra. Sra. de la Esperanza

Capilla, Jerez 17 de diciembre de 2010

Hermanos sacerdotes; Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad del Stmo Cristo de la Yedra; queridos cofrades, y hermanos/as todos, amantes de Ntra Sra de la Esperanza, venerada en esta hermosa y querida imagen que nos preside:

Cercana ya la fiesta de Navidad, en que celebraremos el Nacimiento de Ntro. Señor, la figura de la Madre atrae todas las miradas de la Iglesia. Por eso, todos nos sentimos convocados hoy por la Santísima Virgen, invocada por vosotros con este nombre, ya popular en Jerez, de la **“Esperanza de la Yedra”**.

Arca de la Alianza

A través de todo el tiempo de Adviento, tiempo de gracia y salvación, sentimos su presencia como algo esencial que nos hace vivir estas cuatro semanas en toda su grandeza. Aunque al principio permanece discretamente en un segundo plano, poco a poco su influencia –sobre todo a partir de la fiesta de la Inmaculada- lo va llenando todo. Podemos decir que Ella guarda el secreto último de este tiempo, pues, como **“Arca de la Alianza”** –así también la invocamos- es portadora de la esperanza, no sólo de la Iglesia, sino de toda la humanidad.

En efecto, el Concilio Vaticano II, en el capítulo V de su Constitución Mayor (LG) la contempló como **“signo de esperanza cierta y consuelo para el Pueblo de Dios peregrinante”**:

“Entre tanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que ya glorificada en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro siglo, así en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 Pe., 3, 10), brilla ante el pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo” (LG 68)

Con razón, pues, podemos llamar a Nuestra Señora **“Madre de la Esperanza”**, puesto que su maternidad en Cristo abarca a todos y a cada uno de los **“hijos de Eva”**, llamados a compartir la gloria del Reino eterno preparado por Dios nuestro Padre y hecho presente en Jesús, cuyo nacimiento celebraremos dentro de pocos días como un momento universal de alegría, de reconciliación y de paz.

La fiesta mariana de hoy, que da pórtico a la última semana, toda ella nimbada por el asombro recogido en las Antífonas mayores del **“¡Oh!”**, en torno a los títulos mesiánicos del “esperado” hijo de María, se ha celebrado en España desde tiempos muy antiguos, siendo establecida litúrgicamente en el décimo Concilio de Toledo (656), con el nombre de **“Expectación del Parto”**. Con ella se ha querido resaltar la fiesta de la Anunciación (25 de marzo), que por caer muchos años en plena Cuaresma, no permite celebrar con el debido esplendor el misterio de la Encarnación de Verbo y el estado de gravidez de la Santísima Virgen.

Spe Salvi: salvados en esperanza

Pues bien, siguiendo el modelo de María, **“Mujer... que supo acoger, como Abraham, la voluntad de Dios, esperando contra toda esperanza”** (cf. TMA 48), se nos invita a guardar la Palabra de Dios como una presencia divina cargada de vida y prepararnos así para salir al encuentro del Salvador que viene, en medio de la crisis cultural, religiosa, económica, -en definitiva, de esperanza-, que estamos viviendo, fruto del materialismo reinante.

Benedicto XVI se hacía eco en su segunda Encíclica –**Spe Salvi**: “**en esperanza fuimos salvados**”- de esta situación actual, en muchos aspectos semejantes al paganismo que el cristianismo tuvo que evangelizar en su expansión por el Imperio Romano y que San Pablo describe en su Carta a los Efesios:

“...antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «**ni esperanza ni Dios**» (Ef 2,12). Naturalmente, *-sigue diciendo el Papa-* él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban «**sin Dios**» y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío...” (cf. SS 2)

Con la misma incertidumbre se encuentra el hombre materialista del siglo XXI que, si por una parte se erige en señor de todo, principio y fin del universo, creyéndose capaz de fabricarse un futuro a su medida y cerrándose así a la gratuidad que la gracia de Dios nos posibilita, por otra, el futuro se le vuelve algo incontrolable, dada su tantas veces experimentada capacidad de mal y de destrucción. Así se afirma en la Encíclica:

“Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (cf. Ef 3,16; 2 Co 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo”. (Cf. SS 22)

Por eso, sobre todo en este tiempo de Adviento-Navidad, la Iglesia se hace testigo de que en Jesús es Dios quien ha entrado en nuestra historia para, desde dentro de ella, conducir a la humanidad a la consumación en Cristo del Reino preparado para nosotros “**desde antes de la creación del mundo**” (cf. Mt 25, 34; 2 Tim 1,9), signo y primicia del cual es la Eucaristía que estamos celebrando.

Una esperanza fiable

Pues bien, hermanos, ante esta crisis de confianza en las mismas posibilidades humanas, nosotros acudimos a María, que por ser Madre del Redentor e Intercesora maternal de “**todos los dones de nuestra salvación**” (cf. LG 62), se ha convertido en fuente de esperanza para el Nuevo Pueblo de Dios. Así lo proclamamos cuando rezando la Salve la invocamos como: “**Vida, dulzura y ESPERANZA nuestra**”.

“Según la fe cristiana, *-nos dice el Papa-* la «**redención** », la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino” (SS 1).

Por lo tanto, en este presente que estamos viviendo, nosotros depositamos nuestros anhelos de un mundo nuevo donde reine “**la paz y la justicia**” en Nuestra Señora “**Esperanza de la Yedra**”. A Ella, como “**ánfora de salvación**”, dirigimos ahora nuestra mirada para que la contemplación de su sagrada imagen y la meditación de todo lo que Ella “**llevaba en su corazón**”, sea para nosotros “**escuela de esperanza**” (Cf. SS 32s).

Y lo primero que descubrimos es cuán grande era su confianza en Dios, sobre todo en los momentos cruciales de su vida. Con qué humilde aceptación acogió la pobreza de verse reducida a dar a luz en un establo y reclinar a su Hijo “**en un pesebre porque no había para ellos lugar en la posada**” (Lc 2,7). Cómo, poco más tarde, serena y silenciosamente sigue a San José, su esposo que, avisado en sueños por el ángel de la amenaza que se cernía sobre la vida de su Hijo, aquella misma noche “**tomó al Niño y a su Madre y se fue a Egipto**” (cf. Mt 2, 13). También por esta confianza profetizó la Virgen que sería felicitada por “**todas las generaciones**”, como cantó en el Magnificat (cf. Lc 1, 48).

Para nosotros hoy, que estamos en la casa de la “**Santísima Virgen de la Yedra**” es elocuente su confianza en Jesús; así lo puso de manifiesto al acudir a Él cuando, asistiendo como invitada en aquella fiesta de bodas en Caná de Galilea, faltó el vino en la mitad del banquete. Sabía que “**aún no había llegado su hora**”, (cf. Jn 2,4) pero nadie conocía el Corazón del Hijo mejor que el corazón de su Madre. Por eso, con qué segura y amable persuasión le dijo a los sirvientes -y nos dice también a nosotros-: “**haced lo que El os diga**”.

Muchas cosas nos dice el Señor. Si la contemplación de la Madre es para nosotros **“escuela de Esperanza”**, la sagrada imagen de **“Nuestro Padre Jesús de la Sentencia y Humildad”** es un grito silencioso de amor entregado **“hasta el extremo”**. **“Por nosotros los hombres y por nuestra salvación”**, como confesamos en el Credo. Ahí radica también nuestra esperanza.

Testigos de esperanza

La Virgen fue testigo privilegiado del momento sublime en que Jesús **“entregó el espíritu”**, haciéndola así portadora maternal de esperanza de salvación para todos los hombres. Esa es también nuestra meta porque es la misión de la Iglesia: anunciar el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como un mensaje universal de amor y de justicia, de reconciliación y de paz.

La Iglesia lo hace como hija y discípula de María, porque apoyada en la Palabra de Dios, confió en El con alegría, al estilo del Magnificat, siempre y en toda circunstancia. Nada hay imposible para Dios. Ella nos invita, pues, a caminar con la mirada del corazón puesta en el Cielo, presta siempre a hacer la voluntad de Aquel **“cuya misericordia llega a sus fieles de generación en generación”**.

Las madres son las que dan a luz a las nuevas generaciones. Estamos cercanos a la Navidad, prontos a celebrar el nacimiento de Jesús. Nuestra Señora es por eso también, Patrona y protectora de todas las embarazadas, y nunca mejor dicho, en estado de **“buena esperanza”**. Encomendamos, pues, a todas las jóvenes que, como la Virgen, están a punto de vivir este bello acto de dar a luz un niño, verdadera meta de ilusión y alegría en la vida de una familia.

Queridos hermanos, cofrades de esta Hermandad: también a vosotros se os abre a partir de hoy un horizonte nuevo con una meta larga y confiadamente aguardada. Sobre todo, tenéis por delante la hermosa tarea de difundir, de una forma renovada, el amor y la devoción a la **Esperanza de la Yedra**. **“Una meta que, -como nos decía el Papa en su Encíclica- justifica sobradamente el esfuerzo del camino”**. Que la Virgen en todo tiempo os anime, conforte y acompañe. Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez